

INTERVENCIÓN  
*de*  
ANTONIO GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ

LA FIESTA DE TOROS Y EL CAMBIO DE SU SENTIDO  
SIMBÓLICO-SOCIAL

Antes que ninguna otra cosa, lo primero que quisiera hacerles llegar es la sensación de inquietud que me produjo, desde el momento mismo en que lo vi en letra impresa, el título con que se anuncia esta mesa redonda. Y me apresuro a aclarar, antes de que la torpeza de mi expresión pueda provocar algún malentendido, que con ello no pretendo decir, en absoluto, que se trate de un título inadecuado o tan siquiera equívoco. Nada más lejos de mí y ello, entre otras posibles razones, por la más elemental de todas, a saber, que no sería nada cortés por mi parte corresponder a la invitación del profesor Bernal Rodríguez a formar parte de esta mesa, cuestionando su trabajo. En realidad, lo que trato simplemente de decir es que dos términos tan cargados de significación como humanismo y tauromaquia, puestos así, escuetamente y sin más aclaración, en paralelo y formando un binomio, se prestan a tantas interpretaciones que uno no puede por menos que sentir una cierta desazón, si no desconcierto, ante su mero enunciado. Sin ir más lejos y en mi condición de historiador modernista, debo confesarles que la primera lectura que se me ocurrió es si lo que se buscaba no era establecer algún tipo de relación entre cierto sentido heroico-caballeresco, a la antigua, que pudiera emanar del humanismo renacentista y la figura de los protagonistas de la fiesta de

toros en esa etapa histórica. Más tarde y tras desechar otras posibles interpretaciones en esa misma línea, pensé que tal vez el término humanismo se estaba utilizando en una extrapolación generalista para aplicarlo a los tiempos actuales y que, en ese sentido, lo que se pretendía poner de relieve eran las relaciones entre la fiesta de toros y los valores que se suelen predicar de dicho concepto como modo de entender el mundo actual. En este dilema me pareció que podía cubrir, en cierto sentido, ambos campos, aunque fuese de una manera metafórica, reflexionando muy brevemente, por una parte sobre la significación socio-política del toreo caballeresco e idéntica situación en la secuencia desde este a la moderna lidia de a pie. Y hecha esta aclaración, entro ya sin más preámbulos en faena.

\*\*\*

Resulta evidente, en una fiesta de tan honda repercusión social como los toros, que sus técnicas, estilísticas y simbología no han permanecido inalterables a lo largo de los siglos y que los cambios que se han ido produciendo siguen una evolución paralela a la de los paradigmas del prestigio y el protagonismo social y al significado de las redes sociales del poder y su imagen. Y ello es así en la medida que el espectáculo taurino es un producto social cuya trayectoria no puede comprenderse sin relacionarla con el avatar general de la sociedad.

Pues bien, y al menos en mi opinión, es justamente el hecho de organizar todo el ritual tomando como eje el sacrificio del toro o la exhibición de quien se enfrenta a él y lo ejecuta, donde se construyen esos diferentes cambios físicos y de sentido simbólico-social a los que acabo de aludir. Y para tratar de ilustrar esta afirmación, creo que sería suficiente concentrar nuestra atención en dos etapas sustanciales: de una parte, la que solemos conocer como el toreo caballeresco y, de otra, la correspondiente a la invención de la moderna lidia de a pie.

En la primera de ellas, que cubriría desde el siglo XIII al XVII, las fiestas de toros son prácticamente acaparadas por el estamento dirigente, el nobiliario, para usarlas como signo inequívoco de su preeminencia, de acuerdo con el código de valores preferentes que, supuestamente, caracteriza al estamento: la valentía, el ejercicio simbólico de la protección

social por el arte militar y la exhibición de la riqueza como señal de identidad. Hasta tal punto se produce esta patrimonialización nobiliaria de la fiesta de toros que, en líneas generales, no sólo se minimiza, hasta el límite extremo, cualquier protagonismo del pueblo en su relación festiva con el animal sino que incluso aparece una ritualización regida de tales tratos, por parte de los caballeros, que tiende a identificar la capacidad para enfrentar toros con las virtudes socialmente atribuidas a la sangre elitista; y ello pese a que en alguna ocasión son los lacayos que auxilian al caballero en la plaza los que, con su actuación, le habrán sin duda evitado heridas, descalabros o muertes. Pero, en todo caso, la imagen a retener por los espectadores estaba previsto y buscado que fuese el valor, la pericia y la excelencia del caballero, ya que la estructura de la corrida caballerescas se adecuaba, perfectamente, a la utilización del sistema de los signos festivos como un instrumento de dominación ideológica.

La segunda etapa, fundamental y absolutamente el envés de esta moneda, se inicia ya a comienzos del siglo XVII, cuando estas ceremoniosas y ritualizadas corridas caballerescas comienzan a resentirse de la presencia, cada vez más activa en el ruedo, del elemento popular representado por los lacayos que integraban el séquito de los caballeros en plaza y que en lugar de limitarse al desempeño de tareas meramente auxiliares, fueron a más en sus intervenciones en detrimento del exclusivo protagonismo de sus señores. En efecto, provistos ya de capas, permanecen en el ruedo durante toda la lidia, corriendo y doblando a los toros, poniéndolos en suerte, quedándose con ellos a las salidas de las varadas y jugueteos de los caballeros, intercalando todo tipo de lindezas y desplantes y, en suma, atendiendo más al lucimiento personal que a las exigencias del servicio. Por consiguiente y a partir de entonces, percibimos ya que la fiesta entra en un momento de su evolución en que el equilibrio secular comienza a inclinarse a favor de las intervenciones de los servidores, anunciando así el futuro protagonismo del toreo a pie. De hecho, en la segunda mitad del XVII son ya muy pocos los señores que bajan al ruedo y cuando lo hacen, como señala Fernando de Valenzuela, es solo «por socorrer a los peones». A mayor abundamiento, esta gradual retirada de la nobleza de los cosos taurinos se va a ver acentuada, desde comienzos del siglo XVIII, por el nulo

entusiasmo que la dinastía borbónica mostró hacia la fiesta de toros, facilitando así que los toreros de a pie vayan imponiendo su peculiar forma de concebir la lidia hasta conseguir después su reconocimiento como los únicos expertos en el arte de matar toros. En efecto, no sólo la parte fundamental de la lidia pasan a desempeñarla los toreros de a pie sino que también corre ya a su cargo lo que será la gran novedad de la corrida moderna, a saber : la muerte del toro, infringida por un protagonista, el diestro, de rostro a rostro y utilizando, con eficacia implacable, el estoque, ya que de lo que se trata no es de matar al toro de cualquier manera, sino según unas reglas que exigían cumplirse de una forma determinada y en un tiempo preciso. La suerte de matar el toro a pie se convierte, pues, en el acontecimiento dramático esencial de la corrida, en la suerte suprema, y el matador, en tanto que profesional indiscutido, reconocido e individualizado como tal por el público, hace su aparición en la historia del toreo como el nuevo héroe agonal de la corrida.

Esta fiesta ha pasado, por tanto, por dos etapas de fácil y reconocible simbolismo social. La primera, la caballesca, se construye sobre una posible relación de valores que se podría expresar bajo la fórmula de que la excelencia social y el carácter de *bellatores* de la nobleza garantiza la capacidad para enfrentar el peligro y para resolverlo; en la segunda, el toreo a pie profesional, la noción de excelencia de *estatus* es sustituida sencillamente por la expertización técnica, lo que facilita que todo el contexto se ponga a girar descaradamente respecto a la parte más valerosa y difícil del suceso que es matar al toro en el mismo nivel espacial (no desde el caballo) y en un terreno que se considera propio del animal. No es difícil interpretar, incluso en la lectura más sencilla, que no puede ser casualidad que estas dos etapas de la tauromaquia se correspondan, con evidente analogía, con la evolución del sentido general de la sociedad respecto a quiénes sean sus protagonistas sociales y con la aparición de un cambio, igualmente general, en la escala de los valores de referencia, que tiende a magnificar la experiencia y el trabajo profesional frente a unas supuestas cualidades apriorísticas, indiscutibles y esenciales del estamento nobiliario.

Por consiguiente y aunque sea, tal vez, más a nivel simbólico que real, la institucionalización del moderno toreo de a pie se nos revela como un factor de cierta importancia en los inicios de la modernización de la sociedad española al abrir una brecha en el hasta entonces monopolio nobiliario del



GRABADO DE GUSTAVO DORÉ

liderazgo y el protagonismo social. Se trata de un fenómeno que afecta fundamentalmente a la conciencia popular por cuanto venía a evidenciar la posibilidad de un ascenso social gracias al esfuerzo, al saber técnico y a la capacidad personal que representa en este caso el torero profesional. Frente a esa especie de determinismo social, vigente todavía en el XVIII y en virtud del cual las posiciones que cada individuo podía ocupar en la escala social estaban preestablecidas de antemano por su origen familiar, el ejercicio del toreo profesional va a proporcionar a sus protagonistas un mecanismo de liberación y una forma de escapar a la rigidez de tal esquema. Gracias a los méritos alcanzados por su esfuerzo personal, por su eficacia técnica y por su diestra maestría, el torero puede construirse su propio destino, de forma responsable y voluntaria, libre e independientemente de la herencia material y moral recibida desde la cuna e incluso sustituir, como héroe social, al noble que, hasta ese momento, monopolizaba esta situación simbólica. Desde luego hay que comprender dos elementos que matizan este fenómeno: en primer lugar, el hecho de que este ascenso social y con él la modificación del sistema anterior no se produce sólo como el resultado del prestigio de la profesionalización de unos conocimientos y habilidades «técnicas», sino porque tal profesionalización viene a producirse en un trabajo muy especial, el toreo, liderado hasta entonces por la nobleza y con una enorme capacidad de mitificación delante de la opinión pública; en segundo lugar y olvidándonos ahora de las peculiaridades de la profesión de torero, el fenómeno del prestigio profesional debe encuadrarse también en el clima general de revalorización social que, para todas las profesiones, suponían las ideas ilustradas en relación con la dignidad del trabajo y el premio a la capacidad, independientes del nivel social del nacimiento.

De este modo, una fiesta que se había utilizado como pedagogía para que el pueblo recibiese, con toda claridad, el mensaje de la superioridad natural de la nobleza y de la obediencia debida respecto a los gobernantes, mantuvo, desde el siglo XVIII, el mismo carácter pedagógico pero ahora con un mensaje bien distinto: que la habilidad profesional constituía un arma probable para romper la rígida escala social en función del nacimiento y que el público podía asumir, como juez, al menos una parte de la autoridad de los gobernantes, siquiera fuese para tomar decisiones que afectaban al transcurso de la fiesta y también para determinar el éxito y ascenso del protagonista.